

Pseudónimo autor: Sr. Keating

Presencia

Era una mañana fría, teniendo en cuenta el cálido invierno. Estaba organizando los pacientes a los que iría a ver, ese día tenía atención domiciliar a primera hora. Primero iría a casa de Magdalena, no sabía qué tal estaría tras su última neumonía, su nieta me dijo por el barrio que estaba mejor, pero prefería verla. Luego a casa de Rosario, aunque en realidad quién más me preocupaba era Manuel, su marido. Hace poco que le han diagnosticado principio de Alzheimer y aunque físicamente está bien, el diagnóstico lo había dejado fuera de lugar, vulnerable como un niño pequeño. Y seguía con mi ruta cuando alguien comentó: “¿quién puede sacar sangre a uno de mis pacientes?, mañana le toca ciclo de quimioterapia y se le ha olvidado poner el aviso. Me acaba de llamar y yo no puedo ir”. Me ofrecí a hacerla, solo era una extracción de analítica a un paciente que no conocía.

Llamé al timbre una sola vez, una voz me contestó directamente: “suba, estábamos esperándole”. Cuando entré me recibió Carmen. No eran desconocidos, se trataba de Carmen y Julio. Hacía al menos dos años que los conocía, Julio padecía un cáncer metastásico del cual se estaba tratando desde hacía tiempo. Durante unos meses estuve retirándole un infusor de quimioterapia en el centro de salud, de este modo no tenía que ir al Hospital de Día. Fue entonces cuando lo conocí. Se trataba de un hombre educado, generoso y agradecido. Consciente de su enfermedad en todas sus dimensiones, cogió las riendas y decidió cabalgar allí donde le llegaran las fuerzas. Y siempre a su lado Carmen, una mujer recia, fuerte... una mujer del norte, como le gustaba decir. Cuando miraba a Carmen, no podía dejar de imaginarla como una gran columna griega que podía soportar cualquier peso, por grande que fuera.

Al entrar en el dormitorio vi a Julio en una cama articulada, justo al lado de su cama de matrimonio. El cabezal levantado y la cabeza erguida. Pensé en ese momento lo delgado que estaba, me pareció un galgo... flaco, erguido, pero manteniendo la raza. No supe bien qué decir: “he venido sin saber quién eras, estaba acostumbrado a verte en el centro de salud”. Julio me sonrió y me ofreció su mano para estrecharla, al tocarla me pareció que tenía fiebre, estaba cálida y algo sudorosa.

No hacía falta que me explicara nada, al entrar había visto un sillón confort nuevo, en el baño un asiento de bañera, y en la habitación anexa al dormitorio había un andador y una grúa perfectamente plegada, seguramente estrenándose.

Julio era una de esas personas con las que conecta desde el primer momento, su mirada transparente y sus palabras sinceras, permitían saber sin preguntar. Siempre me pareció fuerte, protegido por una armadura forjada en batallas de las que siempre salió airoso. Pero esta vez, la armadura no era suficiente.

Preparé el material: compresor, aguja, botes, algodón, esparadrapo... sin poder evitar mirar de reojo sus brazos menudos, sus ojeras, su portal venosos sobresaliendo de sus costillas. Me dijo que prefería que le sacara la sangre de vena, no quería que usara el portal. Mientras lo hacía, Julio pidió a Carmen que fuera por la petición de analítica. Fue entonces cuando supe que quería hablar conmigo.

Llevo algún tiempo reflexionando sobre el porqué de las cosas, no creo en el destino, y cada vez menos, en las casualidades. A veces pienso que algunas de las cosas

importantes de mi vida obedecen a una causa, y que ésta, me permite vivir experiencias que marcan de una manera definitiva mi existencia y mi manera de ver el mundo. Había una causa para que yo estuviera ese día en casa de Julio, había una razón que escapa a mi razón.

La voz de Julio era algo ronca, decidida, entrecortada... sentí que era más sincera que nunca: “Me tienes que prometer que cuando llegue el momento estarás aquí, que estarás con ella. Yo ya estoy listo para partir, no hay más que verme. Este toro llevo lidiándolo muchos años, pero ya no puedo más, no quiero más. Carmen parece que lo lleva bien, pero sé que está mal, intento animarla y consolarla. Hemos vivido quince años con esto que me ha tocado. Pero también hemos visto crecer nuestros hijos y nacer nuestros nietos. Yo no soy cáncer, he vivido con un cáncer, y nunca dejé de ser quién soy”. Las palabras de Julio se me clavaron como un cristal. No esperaba una revelación de tal intensidad en un momento tan furtivo, aprovechando que Carmen no estaba. Solo alcancé a balbucear : “No sé qué decirte Julio, me dejas fuera de sitio, sabes bien que siempre me tendréis a vuestro lado, no puedo ofrecerte gran cosa”. Julio me interrumpió, algo que agradecí, las palabras se me quedaban a medias, en un camino incierto: “no imagináis el poder que tenéis, vuestra presencia en nuestras vidas son decisivas en situaciones como la mía. Vuestra presencia en los momentos duros, nos hacen más fuertes, en los momentos buenos, disfrutar más. Vuestra presencia es vital cuando más allá de meramente estar, sois. Sois compañía, confidentes, pañuelo de lágrimas, risas... Y es ahora cuando más os necesito. No por mí, sino por los que se quedan”. Pensé por un momento que su entereza era a cada instante más intensa, grande, infinita... si pudiera salir de su pecho ocuparía el universo entero.

Recordé en ese momento aquellas clases en las que tanto me hacían hincapié en el valor de lo intangible; cuando lo que yo quería era coger un suero, o realizar una cura. Recordé a Rosa, que apoderándose de la frase de El Principito: “lo esencial es invisible a los ojos”, nos supo guiar hasta lo más alto en la humanización del cuidado desde la gestión; impensable para mí hasta el momento. Y especialmente recordé las palabras de mi querida compañera Soledad, enfermera, mentora y fuente de sabiduría: “Las técnicas las aprenderás, todo el mundo lo hace. Cuando las hagas varias veces, ya está. Lo realmente difícil será cuando mires a la cara de las personas a las que cuidas y veas que llegó el final. Ahí es cuando hay que estar, ahí es cuando hay que saber estar. A veces, la presencia es la única y la mejor forma de cuidar a alguien, recuerda esto muy bien”.

Le miré a los ojos... estaban hundidos, cansados, pero sorprendentemente más vivos que nunca. No hizo falta hablar mucho más. Fui consciente del privilegio de estar en ese instante con él. Hay días que vuelvo a casa con la conciencia de haber recibido más de lo que he dado, hoy era uno de esos días.

En ese momento Carmen regresó con la petición de analítica y me lo entregó. El silencio se hizo cual niños que hubieran hecho una travesura. Nos miramos y una sonrisa cómplice nos invadió a los dos.

Aquellos minutos me parecieron toda una vida, qué cierto aquello de la relatividad del tiempo, aquellos minutos me parecieron un regalo, y así lo atesoré.

Fue entonces cuando Julio me dio un agrazo que me hizo crujir la espalda al tiempo que dejaba una herida en el corazón. Ese tipo de heridas dolorosas que no se pueden suturar, heridas que sólo pueden cerrar por segunda intención.